

bo; el sistema fluvial que une al río mencionado con el Mississipi; los que llevan al mar, que suelen ser navegables hasta cerca de trescientas leguas tierra adentro; las entradas numerosísimas que el mar presenta en las costas; la cercanía de Europa, el clima sano, la abundancia de maderas de construcción; los productos ricos por excelencia como el fierro, el carbón, el algodón, los cereales de óptimos rendimientos; la población indígena, apenas sedentaria, movable, fácilmente desalojable, bien escasa; he aquí el *medio* propicio al desarrollo vigoroso de un grupo que en semejante territorio organizado, almacenaría fuerza para hacer suya en un siglo la mayor parte de la América del septentrion y transformarla. En segundo lugar *la raza*, es decir, el más saludable, el más trabajador, el más instintivamente utilitarista de los grupos germanos, el mejor educado para la libertad durante siglos, en suma, la porción de humanidad en que *el heredismo*, origen de las razas, había acumulado mayor cantidad de energía física y moral. En tercer lugar, las circunstancias históricas, *el momento*, que dicen los evolucionistas alemanes; efectivamente Inglaterra atravesaba á un tiempo una crisis económica y otra religiosa; la económica era aguda, consistía en la transformación de las tierras de labor en pastales, lo que dejaba á una buena parte de la población agrícola sin empleo, ésta fué la que emigró; de modo que la población de la América inglesa no se compuso de mercaderes, como la de las colonias portuguesas, ni de aventureros como la de las españolas, sino de verdaderos colonos, es decir, de agricultores. En cuarto lugar, estos tenían *un ideal* muy alto, *la libertad*; la crisis religiosa arrojó de Inglaterra á todos los perseguidos por sus creencias, y católicos, puritanos é independientes, buscaron en América un refugio para su conciencia; es verdad que muchos grupos fueron intolerantes, pero de ellos se desprendieron poco á poco otros cada vez más abiertos y más libres. De la necesidad de la libertad religiosa, nacieron el instinto democrático y la libertad política. De modo que, mucho antes de la emancipación, las colonias inglesas eran verdaderas repúblicas y confederadas; así se educaron para sus futuros destinos. La libertad, ideal religioso de aquellos hombres era el factor supremo de su prosperidad. Si á esto se añade lo poco que costaban á las colonias sus administraciones, el régimen excelente establecido en muchas de ellas para adquirir la propiedad y lo equitativo del sistema tributario, que tanto empuja ó atrofia á los pueblos nacientes, tendremos sumadas las causas primarias y secundarias de tamaño progreso.

Y no hay que figurarse que el gobierno fué siempre previsor con las colonias; lejos de eso, las sometió á tales taxativas en el comercio exterior y sometió su industria á tales prohibiciones, que las medidas del gobierno español respecto de sus colonias eran, comparadas con ellas, bien poca cosa. Este error fué la causa lejana de la emancipación, causa ya en actividad en pleno siglo XVII.

BIBLIOGRAFÍA.—Historias de Francia é Inglaterra, *H. Martin* (de preferencia á *Michélet* para los estudiantes), *Macaulay y Green*; en *Ranke*, Guerra de Treinta años; Historia de España de *R. St. Hilaire*, superior á *Lafuente* en este período; *Philipson*, Luis XIV y su tiempo; *Meaux*, obra citada; *Rimbaud*, la Civilisation française; *Himly*, Historia de la formación de la Europa Central; Historias de Hungría, Rusia y orígenes de Prusia, por *Sayous*, *Rimbaud y Lavisse*; del Papado por *Ranke y Hergenroether*; de las literaturas: inglesa, por *Taine*; española, *Ticknor, Shacker y Quintana*; francesa, por *Albert y Faguet*; de la filosofía, por *V. Coussin y Nourrisson*; de las ciencias, por *Hofer*; de las artes, por *Baillet*; *P. Leroy Beaulieu*, La Colonización; la Expansion de Inglaterra, por *Seeley*.

Observaciones generales.

1. Las nacionalidades, elemento político predominante á fines del primer período de la historia moderna, comienzan en el segundo período á entrar en conflicto, posponiendo los intereses generales á los particulares de organismos más concretos y de mayor vitalidad por ende. 2. Sin embargo, uno de los elementos en que se descompuso el germanismo medio-eval, el protestantismo, antes de refundirse á su vez y definitivamente en diversidades nacionales, pasa por su última época de lucha por la existencia: la Guerra de Treinta años, que comienza por un conflicto de carácter religioso y acaba por una magna querrela de intereses políticos y nacionales. 3. Las dinastías que representaban los restos de las antiguas aspiraciones imperiales (Austria y España) quedan profundamente quebrantadas al fin de estas luchas; los pueblos que habían sido víctimas del gran conflicto entre el emperador y el papa, y de cuyo desgarrado seno habían nacido dos obras de inmensa trascendencia humana: el Renacimiento y la Reforma, Italia y Alemania, quedaron divididos irremediabilmente, como garan-

tía de la paz de Europa y como teatro obligado de los combates internacionales. Sólo quedaba fuerte y brava en el Occidente, la nación que mejor y más rápidamente se había concentrado, Francia. Inglaterra pasaba por una tremenda crisis interior. 4. Con la concentración tendieron á desaparecer en Francia, los privilegios colectivos ó individuales, bajo la mano férrea de Richelieu; de resultas de esta nivelación, la monarquía apareció gigantesca en comparación de las clases; naturalmente el dueño de poder tamaño, creía que todo era suyo, que era el propietario de una nación; esto quería decir entonces *ser soberano*. Si el monarca era un ambicioso de gloria y un hombre de orgullo, el absolutismo tomaría necesariamente la forma de una tiranía ilimitada en el interior, de un aparato de guerra y conquista en el exterior. Así sucedió bajo el reinado de Luis XIV; todas las manifestaciones de la vida nacional parecieron un apéndice perfectamente organizado de la corte, sistema planetario que giraba en torno del Rey-Sol. En el exterior todo fué triunfo y la índole del pueblo francés lo obligaba á sacrificar la libertad á la gloria; tal ha sido uno de los fatalismos de su historia. 5. Mas después de la crisis, el pueblo inglés organizó su libertad parlamentaria á expensas de la igualdad que todo lo sometía á un rey en Francia, y la libertad lo hizo suficientemente vigoroso para ponerse á la cabeza de la desequilibrada Europa y lograr limitar y rechazar el impulso conquistador de Francia. Arrancado entonces al absolutismo el manto de gloria, aparece en toda su realidad, como una complicada maquinaria de opresión y de agotamiento, y el sistema queda condenado á muerte en la conciencia del pueblo. 6. A pesar de esta sangrienta tragedia, las nacionalidades habían gastado buena parte de su recién condenada energía, en producir admirables literaturas y escuelas de arte en España, Inglaterra, los Países Bajos y Francia por último. Y estas muestras de potencia nacional habían sido tan vastas que el mismo siglo que vió su apogeo vió el principio de largas decadencias que exigían un porvenir renovador. 7. Sólo un elemento superior había encontrado, con el método, el secreto de no decaer jamás y de dominar normalmente con su progreso al del mundo moderno: la ciencia; en el siglo XVII llegó en su evolución á constituir la astronomía y la física, dos miembros de su serie fundamental.

EL SIGLO XVIII.

(1715-1789).

Subdivisiones: La Regencia y Alberoni.—Rusia, potencia europea.—Prusia y Austria.—Los Borbones.—Inglaterra y su imperio colonial.—El Antiguo Régimen.

LA REGENCIA Y ALBERONI.

1. La herencia de Luis XIV.—2. El primer Borbón de España y el gran designio de Alberoni.—3. Bancarrota de la Regencia.—4. El nuevo reinado.

1. Luis XIV vió, en su vejez, á su familia segada por la muerte; era su heredero único un niño, su biznieto, que fué Luis XV. El Parlamento, tan odiado de la nobleza de sangre, porque en él habían absorbido los legistas todas las facultades que antes tenían los magnates siempre ausentes (v. la expresión vehemente y cómica de este odio en las Memorias de St. Simón), el Parlamento, desarmado por Luis XIV de los que él llamaba sus derechos, tomó su desquite á la muerte del tirano, anuló el testamento que distribuía la Regencia entre Felipe de Orleans y otros príncipes y declaró regente único, conforme á la Constitución del reino, á Felipe; éste, en cambio, se comprometió á respetar las antiguas prerrogativas del Parlamento, lo que, una vez en el poder, se apresuró á olvidar. Era el príncipe de Orleans, nieto de un hermano de Luis XIV, hombre de inteligencia, ambicioso, bravo, como lo había demostrado en las últimas guerras, y bondadoso por temperamento. Pero los vicios más innobles lo dominaban y murió entregado á la crápula. La sociedad depravada, que la devoción de los últimos años de Luis XIV había contenido en la hipocresía, sacudió ruidosamente sus ataduras y comenzó esa vida de placer desenfrenado que la debía llevar cantando y gozando al abismo de la Revolución. El Régente y su Estado Mayor de perdidos (*roués*, dignos de ser enrodados) guiaba la enorme bacanal. Un tunante (un *drôle* dice St. Simón), vicioso entre los viciosos, y que llegó á ser arzobispo de Cambrai ¡sucesor de Fenelón! y cardenal, se encargó de la política exterior; no carecía ni